

EN TORNO A CHINA.-1

LA GRAN MURALLA U.S.A.

De la base Anderson (Guam) salen los «B-52» que bombardean el Vietnam. Los objetivos se eligen en Saigón; Washington da el visto bueno, y en Omaha deciden cómo atacar. En las fotografías, vista de la pista con las bombas preparadas, y colocación sobre los «B-52». Los pilotos estudian los planos, despegan, lanzan sus bombas y regresan a la base.





EL ejército norteamericano ha tejido, sobre la inmensa extensión del Pacífico, una red de gran movilidad que se extiende por las felices islas de los Mares del Sur. "La gran muralla americana", constituida por radares, bases de apoyo, arsenales, líneas telegráficas, ondas de radio y rutas aéreas, transforma sus objetivos a medida que cambia el mundo. Japón fue sustituido por Rusia y ahora ésta por China. Ocho-cientos mil hombres, sesenta y una escuadras aéreas y quinientas treinta unidades navales están empeñados a lo largo de esta inmensa fron-

tera de trece mil kilómetros de largo: desde Honolulu hasta Guam (aquí tienen su base los sumergibles atómicos y aquí despegan los "B-52" que bombardean el Vietnam), desde Tinján hasta Okinawa (de aquí salieron las dos bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki), desde Hong-Kong a Bangkok. La red cubre dos-cientos ochenta y ocho millones de kilómetros cuadrados.

Los periodistas Giuseppe Josca y Aldo Patellani han recorrido esta barrera y de ella nos hablan en este artículo.

SIGUE

GUAM (Pacífico).—Durante la travesía aérea del Pacífico nuestro vecino no hizo sino hablar de Guam. Era un tipo de cincuenta y tantos años, gran bebedor, que mezclaba con una indiferencia total el whisky, la cerveza y el champán. Se nos había presentado como director de un periódico suizo, pero de lo único que le interesaba hablar era de dinero, de negocios fabulosos en las islas aún vírgenes de los Mares del Sur, de especulaciones inmobiliarias, de embrollados negocios. «Lo malo, queridos señores, es que los americanos han rodeado Guam de una cortina de cocos».

Cuando llegamos —una noche oscura y tórrida—, el personal del aeropuerto examinó con una meticulosidad sospechosa sus documentos y le rogó que se acomodara en la sala reservada a los pasajeros en tránsito. No hay por qué extrañarse de estos modales. En Guam están localizadas las bases de los submarinos atómicos y de los «B-52» que bombardean Vietnam: La estación espacial que ayudará a los astronautas del proyecto «Apolo» en la gran aventura de conquistar la Luna, el centro de comunicaciones y de «intelligence» (es decir, espionaje) de una de las zonas más «calientes» del mundo, el campamento donde reciben instrucción los marines destinados a la guerra de guerrillas, etc.

el «espía» ruso

Dos días después, hicimos un extraño descubrimiento. Estábamos visitando la base naval y el comandante Rirer, que nos acompañaba, nos invitó a una copa en el club de oficiales. El club estaba instalado en un edificio rodeado por un campo de golf y prados ondulantes, de un verde intenso. Desde la cima de la colina se dominaba una buena parte de la isla: bosquillos de palmeras y plátanos; las flores abundaban en los litorales... gladiolos, árboles del pan, abetos. El sol estaba poniéndose y en el mar se mezclaban rojos llameantes con amarillos delicados, verdes y grises.

Un solo barco, en todo el mar, se mecía suavemente a pocas millas de la costa, exactamente frente a la entrada del puerto de Apra, base ultrasecreta de los submarinos nucleares. El comandante Rirer, al darse cuenta de que estábamos mirando el barco, soltó una alegre carcajada: «¡Ah! Es el espía ruso».

El «espía» era un *trawler*, un pesquero de alta mar. Desde que apareció en Guam, los americanos supieron que iba tras los atunes. Los americanos son conscientes de que reboza de ingenios electrónicos y de aparatos de radio con los que controla los movimientos de los polaris y de los «B-52». Pero no pueden hacer nada: los rusos no traspasan jamás el límite de las aguas territoriales. Una norma jurídica del siglo XVIII posibilita este espionaje atómico: Efectivamente, entonces se decidió limitar la soberanía de los Estados a una distancia de la costa equivalente al alcance máximo de los cañones. Por entonces, los problemas más importantes eran la navegación y la pesca. Han cambiado mucho las cosas; sin embargo, el concepto de «límite marítimo» es el mismo y nadie puede impedir que un *trawler* permanezca en aguas internacionales, aunque jamás eche una red al agua.

citas en el mar

El «espía» de Guam apenas se mueve de su puesto de observación. A veces, pone proa al mar abierto y se dirige a toda máquina hacia un punto remoto del horizonte. Esto significa que va de paso un convoy militar; los rusos lo «ven» mucho antes de que entre en el radio de acción de los radares convencionales, por ello parece que dispone de aquel nuevo «ojo electrónico» del que habló en una ocasión Radio Moscú. Pero, otras veces, las misiones del falso pesquero son un misterio. Quizá, como se ha insinuado, acuda a citas con los submarinos que le aprovisionan. La mañana en que decidimos echar una ojeada, el «espía» estaba en su lugar habitual.

Media hora después nos encontrábamos a pocos metros del pesquero. Como es lógico, los rusos nos habían visto acercarnos. Pudimos contar hasta treinta y dos; estaban acodados en la barandilla de cubierta o asomados a las escotillas. «¿Podemos hablar con el comandante?», pregunté. La respuesta fue una descarga de «clics» de máquinas fotográficas. Todos los marineros estaban en traje de baño; eran jóvenes, atléticos. Tenían una expresión entre cordial y burlona, entre curiosa y desconfiada. Era imposible reconocer a los oficiales. Desplegamos una especie de pancarta en la que habíamos escrito en inglés: «Somos italianos; pedimos permiso para subir a bordo». Alguno de los marineros movió nega-

Tras la reconquista de la isla de Saipan por los americanos, en la segunda guerra mundial, se construyeron varios aeropuertos. Todavía siguen allí algunas de las máquinas utilizadas entonces para planificar el terreno.



tivamente la cabeza. Eso fue todo. Con el motor casi parado, dimos dos o tres vueltas en torno a la nave. Nos fotografiábamos mutuamente.

Rex Willis, director de la oficina turística, se esfuerza en presentar a Guam como un paraíso tropical, un «Hong-Kong americano del Pacífico». Willis cumple su deber, pero tendrá que pasar aún bastante tiempo para que la realidad corresponda a los slogans publicitarios. Como todos los países y territorios de la «nueva frontera del mundo», Guam ha tenido que pasar por duras pruebas. Fue invadida por los japoneses durante la última guerra mundial y consiguió la liberación tres años después. Cuando estaba en vías de reconstrucción, el horroroso tifón Kareen arrasó Agaña, la capital.

«Kareen es lo mejor que podía habernos ocurrido», dicen los guamanianos. Hasta cierto punto, tienen razón: desaparecieron todos los barrios miserables en que se alojaba la mayor parte de la población. Sin embargo, lo que ocurrió más tarde fue no menos desconcertante. Una decena de bulldozers, bajo la dirección de arquitectos y urbanistas, completaron la labor del Kareen. Agaña era un verdadero muestrario humano, resultado de las inmigraciones de españoles, mejicanos, japoneses, filipinos, yanquis, etcétera, unidos a los indígenas de procedencia malasia o polinesia. El gobernador español que, al terminar la guerra hispano-yanqui —1898— entregó Agaña al comandante del crucero «Charleston», no podría ya reconocerla. La capital —tranquila y pequeña— se parece ahora a cualquier ciudad de California, bien trazada, con supermercados, estaciones de servicio, «eateries» de perritos calientes y carne frita con aceite de semilla.

la herencia española

En la parte sur de la isla quedan aún bastantes huellas del patrimonio colonial español. Las viejas tradiciones perviven en un marco tropical exuberante. En las fiestas de los pueblos, se come paella y fréjoles después de la procesión. Hasta la naturaleza parece oponerse a los nuevos tiempos. La selva del monte Lam-Lam es tan espesa que permitía a los soldados japoneses permanecer escondidos en ella durante veinte años para no sufrir la deshonra de la rendición. Cuando los descubrieron, en 1964, tuvo que acudir desde Tokio una delegación de oficiales nipones para convencerles de que abandonaran su escondrijo; les informaron que la guerra había terminado y que podían volver a casa, ya que tenían permiso del emperador para ello.

Este es el lado romántico. Pero basta avanzar un poco en dirección norte —Guam tiene 40 kilómetros de largo— para descubrir la otra cara de la isla: la militar. Es como un tumor que se extiende implacablemente, con sus autopistas, depósitos, aeropuertos, cuarteles, polígonos. La carrera estratégica de Guam es consecuencia, naturalmente, del conflicto vietnamita y del enfrentamiento con China. Pero no se puede comprender plenamente el papel actual de la isla si no se tiene en cuenta que ésta pertenece a los Estados Unidos. Guam está «where the America's day begins» (donde nace el día para América); es la más lejana avanzada en el Oriente de un mundo diferente y remoto. Cuando en Nueva



En Saipan se combatió durante la última guerra con mucha dureza. En la playa «Tank Beach» ha quedado como recuerdo un viejo carro de combate: su torreta sobresale de las aguas marinas, medio destrozada.

York es domingo, en Agaña es ya lunes. Sin embargo, Guam sigue siendo un trozo de tierra americana. Aquí no resuena el grito de «yankees go home». Los yanquis están aquí en su casa y hacen lo que les place, sin temor a complicaciones diplomáticas. Por esto, precisamente, los yanquis han concentrado en Guam los instrumentos bélicos más destructores y discutidos: los «B-52» y los polaris.

Los americanos han construido hasta ahora ochenta y seis submarinos nucleares, cuarenta y uno de los cuales están dotados de proyectiles polaris gigantes, de nueve metros de altura y catorce toneladas de peso, capaces de lanzar a una distancia de 4.600 kilómetros una carga nuclear de medio megatón (25 veces más potencia que la bomba de Hiroshima). Desde la época del fantástico viaje del «Nautilus» bajo el Polo Norte, esta fuerza había quedado concentrada en el Atlántico. En diciembre de 1964, el quince escuadrón recibió orden de trasladarse aquí. Tres meses antes, los chinos habían hecho estallar su primera bomba atómica.

La visita a una base polaris desilusiona hasta cierto punto. Quiero decir que una mirada profana apenas consigue captar en ella muy pocos elementos dramáticos o extraordinarios y hace falta tener suerte para encontrar un «sub», ya que éstos permanecen allí el menor tiempo posible a causa de lo que los militares llaman estrategia móvil.

¿Qué es la estrategia móvil? Nos lo va a explicar el almirante Horacio V. Bird (se dice que Bird es el almirante más popular de la flota porque, en 1962, cuando era consejero de la Casa Blanca y tenía amistad con los políticos de Washington, consiguió para la Marina el primer aumento de sueldo en diez años). Este hombre de mirada clara, descendiente de una familia de pioneros de las praderas, ocupa hoy como comandante del «stablero de las Marianas» uno de los puestos clave en el despliegue defensivo americano.

submarinos bastardos

Dice el almirante:

«Lo que en su día se llamaba submarino no era sino un submarino bastardo. Navegaba en inmersión gracias a pilas eléctricas, pero para volverlas a cargar necesitaba poner en funcionamiento los motores diesel que precisan aire y, por lo tanto, tenía que subir a la superficie con frecuencia. Más bien debería haberseles llamado naves capaces de sumergirse».

Sólo la propulsión nuclear ha permitido realizar el verdadero submarino, es decir, una nave capaz de permanecer durante meses y meses bajo la superficie y de recorrer centenares de miles de kilómetros a gran profundidad.

Cuando un submarino del quince escuadrón regresa a Guam, generalmente ha estado en una misión de dos o tres meses. Los ciento treinta hombres de su tripulación han pasado semanas enteras sin ver la luz del sol, respirando aire artificial y moviéndose en un espacio muy reducido. Están consumidos psíquicamente: por eso, los suben inmediatamente a un jet y los mandan a un centro de reposo de las Hawaii. En cuanto al submarino, queda en manos de los especialistas del «Proteus», una vieja nave de apoyo que, tras miles de aventuras, ha terminado de nodriza de los submarinos atómicos del Pacífico.

repuestos por siete mil millones

El submarino es sometido a una larga serie de medidas de control, antes de ser entregado a una nueva tripulación (hay dos por unidad: la «blue crew» y la «gold crew»). Se trata de medidas muy complicadas (en los almacenes del «Proteus» se guardan ochenta mil piezas de repuestos diferentes; piezas tan costosas que se valoran en siete mil millones de pesetas. **SIGUE**



Se dice que los bombardeos en el Vietnam sólo sirven para matar monos y abrir hoyos en los montes. Veinticuatro «B-52» arrojan en veinte minutos tantas bombas como 200 cazas bombarderos en dieciocho horas.

Entre las dotaciones de a bordo hay una pequeña llave que se entrega al comandante en el momento de zarpar. Es la llave que sirve para cebar las ojivas nucleares de los polaris.

Los submarinos atómicos precedieron sólo en algunos meses la llegada de los «B-52». A decir verdad, las estratofortalezas volantes no eran ninguna novedad para Guam, isla en que está ubicada la única base del Strategic Air Comand en el Pacífico. El SAC controla las fuerzas de disuasión nuclear americana: mil misiles «Minuteman» y «Titán 11», seiscientos cincuenta «Polaris», seiscientos ochenta bombarderos pesados de largo alcance, seiscientos aviones-cisterna «KC-135». Hay siempre escuadrillas en vuelo o en estado de alarma, prontas a recibir órdenes a través del famoso teléfono rojo del cuartel general del SAC, en Omaha. Algunas de estas escuadrillas tenían su base en Andersen, al Norte de la isla. De aquí despegaron, en el amanecer del 18 de junio de 1965, veintinueve «B-52» de la tercera división. Al oír su ensordecedor estrépito, algunos pensaron que se trataba de una de sus acostumbradas misiones de patrulla. Pero no era así: los «B-52» llegaron a un punto determinado, al Norte de Saigón, y antes de cambiar de ruta descargaron sobre las posiciones del Vietcong todas las bombas que llevaban. Las fuerzas del SAC, en veinte años de actividad, han participado en la guerra de Corea y han afrontado crisis de las que hacen temblar al mundo; bloqueo de Berlín, intervención en el Líbano, la disputa en torno a los proyectiles soviéticos en Cuba, la revuelta en Santo Domingo. Pero, ahora, por vez primera, se utilizaba el territorio de los Estados Unidos como base de operaciones bélicas.

SIGUE



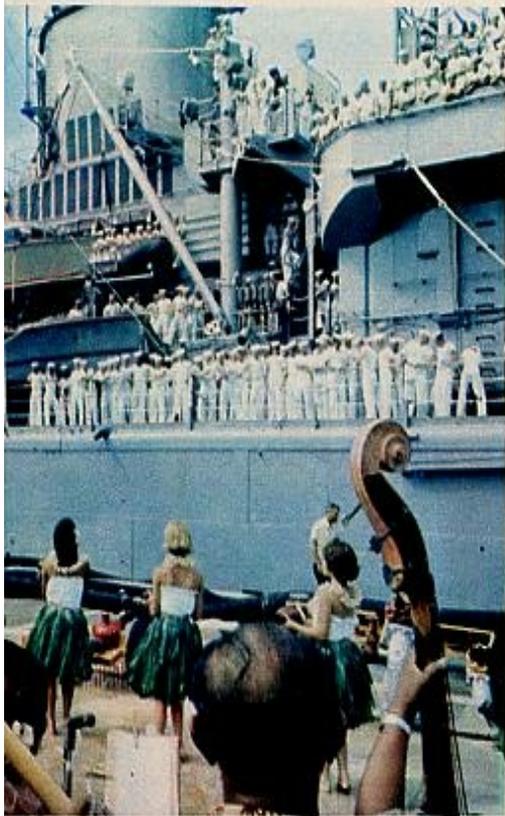
Cuando un barco llega a Guam siempre se organiza algún festejo para recibirle. El portaaviones «Camberra» llegó a la base después de participar en los bombardeos



LA GRAN MURALLA U.S.A.



Los «B-52» vuelan a más de mil kilómetros por hora y su vientre alberga carburante equivalente a tres camiones cisternas. Llevan veintisiete toneladas de bombas.



las costas del Vietnam del Norte. En Guam, los soldados dejan atrás la guerra; sus familias, sus amigos, los acercan a su patria, a pesar de la proximidad de las bombas.

matan a los monos

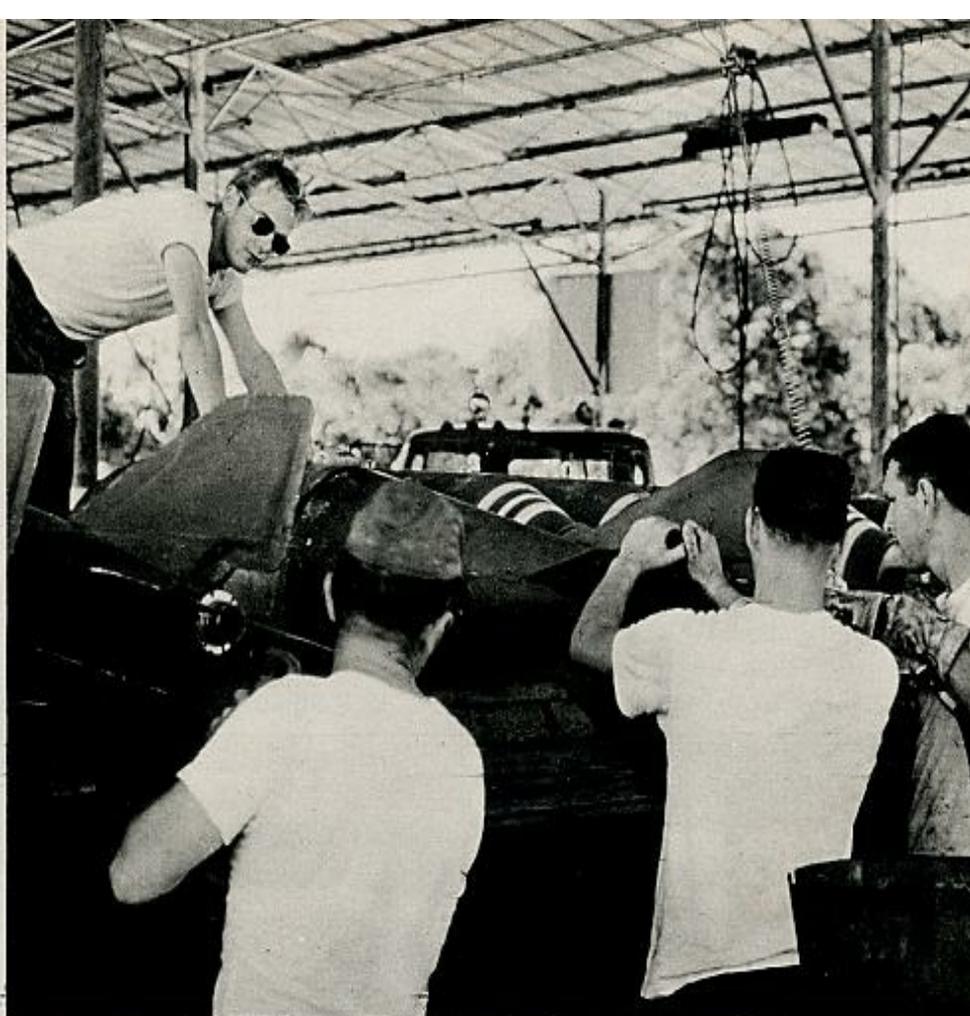
A partir de aquel día, los «B-52» de la 11 división realizarían más de setecientas misiones en el cielo de Vietnam. Hay quien dice que los ataques de los «B-52» sirven únicamente para hacer agujeros en los montes y matar monos. En una guerra de objetivos limitados, en la que las preocupaciones políticas prevalecen sobre las exigencias militares, es insensato utilizar aviones, destinados a transportar bombas atómicas, en la guerrilla de la jungla.

Los aviadores de Guam se sienten contrariados por estas críticas. «Dosecientos caza-bombarderos tardarían dieciocho horas en concentrar sobre un solo objetivo la potencia de fuego que un par de docenas de «B-52» puede arrojar en veinte minutos —dice el coronel Jennings, que nos acompaña durante la visita a la base Andersen—. Los vietcongs se sienten indefensos, aterrorizados. Un silbido y «boom»: las bombas comienzan a estallar sin que nadie haya oído siquiera los aeroplanos que vuelan a dieciséis y diecisiete mil metros de altura. Estos son nuestros raids...».

Mirado de cerca, el «B-52» es una criatura monstruosa. Es el único avión del mundo con ocho motores, capaces de desarrollar una potencia similar a la de treinta locomotoras diesel. Vuela a más de mil kilómetros por hora y su vientre alberga una carga de carburante equivalente a la de tres grandes camiones cisternas, además de veintisiete toneladas de bombas. Su autonomía es tal que podría ir desde Milán a Nueva York, volver y seguir hasta África del Sur sin tener que repostar.

«¿Qué sucede cuando se avería?», pregunté al coronel Jennings. Me explicó que se abren automáticamente unas portezuelas y que los dos pilotos y los otros cuatro miembros de la tripulación son lanzados al exterior con sus asientos. Después, se apresuró a añadir: «Hasta ahora, gracias a Dios, los nuestros han vuelto siempre. Sólo una vez ocurrió un incidente: dos aviones chocaron durante un ciclón». Es un porcentaje envidiable si se tiene en cuenta que los americanos han perdido hasta ahora en el Vietnam más de quinientos aviones. Sin embargo, cada vez que despegan los «B-52», y esto ocurre ahora casi todos los días, los catorce mil americanos que viven en la base Andersen se sienten invadidos por un vago temor.

Son los protagonistas de uno de los dramas más significativos de nuestro tiempo. Son los mecánicos, los colaboradores, los compañeros de armas, las mujeres, los hijos de hombres que salen de casa por la mañana temprano para ir a una guerra a miles de kilómetros de distancia, como cualquiera de nosotros salimos de casa para ir a la oficina. Los objetivos se eligen en Saigón, después alguien en Washington da el visto bueno a la operación y otros, en Omaha, deciden cómo atacar, cuándo y con qué fuerzas. Como robots. Como simples engranajes de un mecanismo. Los pilotos estudian el plano de vuelo, despegan, lanzan las bombas y regresan a sus bases. A la vuelta, tras horas y horas de vuelo sobre el Océano, los estragos, las ruinas, los dolores, las extravagancias, las incongruencias de la guerra, por ambas partes, dejan de tener sentido, se pierden en la remota lejanía. Esta tarde, los pilotos bajarán de los «B-52», se quitarán sus equipos de vuelo, besarán a sus mujeres que han estado escrutando ansiosas el cielo estriado de los rojos dramáticos del atardecer



Aunque externamente la capital de Guam, Agaña, recuerde hoy a una tranquila ciudad californiana, en sus bases

tropical, y luego irán a cenar o a apostar en una pelea de gallos, a tomar una copa o a escuchar los últimos «hits» de Broadway. ¿El Vietnam? Un país lejano...

en saipan

SAIPAN (Micronesia).—Ibamos bordeando la laguna de Garapan, cuando, a través de los setos florecidos y de las ramas de «ironwood» sobre la playa, pudimos ver un grupito de niños y mujeres que chapoteaban no lejos de la orilla. La espuma del mar cubría a ratos su desnudez.

Esta escena resulta ya insólita en las paradisíacas islas del Pacífico. Aun en las islas más remotas, las muchachas llevan una faldita de hojas de plátano, pulseras, relojes pedidos por correo a San Francisco o a Honolulu y, a veces, un transistor. La imagen de los Mares del Sur hecha a lo largo de decenios de literatura romántica va desapareciendo poco a poco. La imagen actual es bastante más desagradable: guerrillas y agitaciones sociales.

Este mundo ha suplantado a la vieja Europa como elemento-clave del equilibrio internacional, a causa de la «guerra» entre América y China. La nueva frontera del mundo corre a lo largo de las aguas azules del Pacífico. Paradójicamente, para encontrar las huellas de un mundo que desaparece tuvimos que ir a Micronesia: único territorio del hemisferio dominado directamente por los americanos, quienes, después de habérselo arrebatado a los japoneses durante la última guerra, lo administran ahora gracias a un mandato de las Naciones Unidas. Este «territorio» está constituido por doscientos mil ciento cuarenta islotes y atolones divididos en tres grupos —Marianas, Carolinas y

Marshall— diseminados sobre una superficie oceánica: setecientas millas cuadradas de superficie sólida y tres millones de millas cuadradas de agua salada. Para daros una idea de la extensión de este área, imaginaos que desmenuzáis la provincia de Roma y tiráis los trocitos sobre una superficie oceánica de una extensión igual a la de Estados Unidos. En esta región viven solamente noventa mil individuos, concentrados en un centenar de islas (un puñado de arena blanca, coralífera, en torno a un grupo de palmeras).

«Los micronesios han sido maltratados por la historia», me dice William Norwood, ex periodista y experto en relaciones públicas, nombrado alto comisario de los territorios del Pacífico por el presidente Johnson. Los primeros extrajeros que llegaron a estas islas, a finales del XVII, fueron los españoles, que dominaron las islas. El imperio español del Pacífico fue liquidado en 1898, con la cesión de Guam a USA y la venta a Alemania de las Marianas y Carolinas.

Todo cambió con la llegada de los japoneses, que obtuvieron de la Liga de las Naciones un mandato sobre la Micronesia; era el premio pactado con los alemanes por su intervención contra Alemania en la primera guerra mundial. Los generales y almirantes nipones comprendieron la importancia estratégica del territorio —puente a Estados Unidos— y se decidieron a convertirlo en una avanzada, dotándolo con todo el material bélico que disponían. «Pero esto —dice con amargura el alto comisario Norwood— lo descubrimos demasiado tarde».

Los japoneses habían obtenido el mandato sobre la Micronesia con la condición de no construir allí instalaciones militares. Evidentemente, hicieron caso omiso de la palabra dada ante la

LA GRAN MURALLA U.S.A.



el ambiente bélico se mantiene día y noche. La isla es un gran reducto militar, donde los Estados Unidos tienen sus armas más destructoras: los «B-52» y los «Polaris».

Liga de las Naciones y se dedicaron a fortificar, durante años, las islas, sin que nadie se preocupase de investigar nada... y menos que nadie, los americanos, empeñados entonces en una política de aislacionismo. Sin embargo, no todos los americanos tenían fe en aquella política. Muchos comenzaron a preocuparse por la potencia del Sol Naciente. Algunos afirman que la misteriosa desaparición de Amelia Earhart —la famosa aviadora que intentó dar la vuelta al mundo en 1937— demuestra que el servicio secreto americano había empezado a ocuparse de lo que ocurría en el Pacífico.

La historia de Amelia Earhart —«Lady Lindy»— es una historia fascinante que sólo puede explicarse por las condiciones de esta zona «ca-liente», en la que se enfrentan dos mundos. La aventura de esta Mata-Hari americana se describe en «La búsqueda de Amelia Earhart», que se convirtió en unos días en un best-seller. Todos los hilos de esta complicada red conducen a Saipan y terminan, al parecer, en la vieja prisión, cuyos muros ruinosos se ocultan hoy en la espesura de la selva...

A los treinta y ocho años, Amelia Earhart decidió dar la vuelta al mundo. Pionera de la aviación, atravesó el Atlántico un año después de la famosa travesía de Lindbergh. Partió acompañada de Fred Noonan, mecánico y navegante. Parece que había existido un idilio entre ellos antes de que Amelia se casase con Putman, director de un periódico de Nueva York.

Millones de americanos siguieron con interés las noticias del vuelo de Lady Lindy y la fiebre aumentaba con la recepción de cada despacho de las agencias, desde las diferentes etapas del recorrido: Florida, Puerto Rico, Brasil, Senegal,

Eritrea, India, Timor y, por fin, Nueva Guinea, vísperas del difícil salto hasta Howland, hasta donde nunca llegó. Las últimas frases, dramáticas, fueron recogidas por el operador del «Itasca», que fue enviado como punto de apoyo: «Estamos a doscientas millas... a cien millas». Y, luego, a las 7,42: «Debemos de estar encima, pero no conseguimos verlos». Se lanzaron señales de humo. Después, otras frases confusas: «Vamos de Norte a Sur, volamos hacia el Sol Naciente... Esperad, repetiré el mensaje». Fueron las últimas palabras.

La búsqueda costó diariamente 250.000 dólares: «Un derroche de dinero». Entonces se comenzó a hablar de una posible misión secreta de Amelia Earhart: ¿pretendía conquistar un nuevo record o intentaba espionar las bases japonesas? El tema llegó a fascinar a los productores de Hollywood («Flight for Freedom», de Fred McMurray y Rosalind Russell).

En 1944, la historia cobra de nuevo actualidad: dos marinos habían encontrado un álbum de fotografías de Amelia Earhart, buscando entre las ruinas de un campamento japonés. ¿Había logrado llegar a Saipan, a 4.350 kilómetros de distancia, cuando los mensajes de radio demuestran que se quedaron sin carburante? ¿Fue salvada por un barco japonés? ¿Aterrizó y repostó? Se recuerda en la isla que un avión cayó

al mar un día del verano de 1937 y que los japoneses trajeron a la orilla a dos aviadores, un hombre y una mujer «vestida de hombre». Algunos habitantes de Saipan dicen que la prisionera murió en la cárcel, de disentería.

La Marina y el Departamento de Estado han mantenido siempre una actitud de reserva. Para ellos, el asunto ha terminado. En realidad, todo esto tiene una importancia relativa. El verdadero significado de esta historia, vista desde la perspectiva de todos estos años, es que constituyó el síntoma premonitorio de la tempestad que, unos pocos años después, se desencadenaría sobre el Pacífico. De hecho, el clima que se creó en torno a las misteriosas actividades de los japoneses en las islas de la Micronesia, demostraron que el asunto se enturbiaba progresivamente. El paso siguiente fue Pearl Harbour, que acabó de una vez para siempre con el mito del aislacionismo de los Estados Unidos. Frustradas las miras expansionistas del Japón, obligadas Francia e Inglaterra y las potencias europeas a abandonar las fortalezas coloniales de Oriente, los Estados Unidos llenaron el vacío que quedaba entre las dos orillas del Pacífico. Vietnam es sólo una fase en el juego colosal que comenzó hace treinta años en Micronesia.

(MONDIAL PRESS)

**PROXIMO CAPITULO:
FORMOSA - OKINAWA**